



EL DIOS ENCARNADO POR AMOR Y QUE PREGUNTA POR EL OTRO

Fr. Ricardo de Luis Carballada, OP

Facultad de Teología San Esteban (Salamanca)

1. Introducción

La cuestión de Dios es la pregunta central de la existencia humana. Dios es la realidad que focaliza, integra y orienta todas las dimensiones de la vida humana. Por eso, reflexionar sobre Dios, al menos en la perspectiva cristiana, conlleva inseparablemente una reflexión sobre el ser humano y su modo de vida y de existencia.

La relevancia de Dios para la vida humana no es invalidada por la indiferencia de la cultura europea contemporánea ante esta cuestión. Esa indiferencia, que no puede ser negada por ser un hecho que nos rodea, es expresión de la banalidad que domina en nuestra cultura y por la dificultad que tenemos para plantearnos cuestiones de honda. Se es indiferente a la cuestión de Dios, pero también a las grandes cuestiones de la vida humana: la libertad, el sentido de la existencia, la relacionalidad básica, la verdad, la sexualidad, la muerte...

Para encontrar caminos de avance en esta situación de poco sirven las descalificaciones globales. Tampoco ayuda una defensa de la fe a base de afirmaciones en las que el énfasis oculta la dificultad para ofrecer razones. A la hora de mostrar la relevancia de la cuestión de Dios para la vida humana, el camino sigue siendo el que se apuntaba en la renovación teológica en la época del Vaticano II. Este consiste en realizar una reducción de los contenidos de la fe cristiana a una “antropología teológica”. Dicho de otro modo, se trata de mostrar la relevancia que la fe cristiana tiene para la vida humana y para su aspiración a la realización, plenitud y felicidad. Por su puesto, se trata de mostrar el sentido de lo humano y su aspiración a la plenitud y realización, desde la perspectiva, voluntad y plan de Dios. Pero sabiendo que ese plan está escrito en nuestra carne.



La propuesta teológica de reducir los contenidos de fe a una antropología teológica no es ninguna ocurrencia novedosa de teólogos de última hora. Es el camino que el mismo Dios recorrió en la encarnación. En esta nueva unidad voy a ofrecer una reflexión sobre algunos rasgos que el hecho de la encarnación nos presenta de Dios.

En la encarnación el cuidado de Dios llega a su culmen dejando precisamente de ser cuidado, para convertirse en aguante y soporte. Dicho de otro modo, en la encarnación Dios cuida de la humanidad soportando su situación y realidad. Por eso el camino que nos ofrece a cada uno de nosotros, es el de la imitación de Dios. Hagamos como Él, hagámonos humanos.

2. El Dios que confía en la humanidad

De Napoleón se cuenta una anécdota. Cuando estaba confinado en la isla de Elba, pasaba parte del tiempo formando parte de una tertulia, en la que las personas cultas de la isla debatían sobre diversos temas. Era la época de la Ilustración y toda la realidad podía ser objeto de discusión y debate. En una de esas tertulias discutían sobre la divinidad de Jesús. Los argumentos a favor y en contra de la condición divina de Jesucristo se entrecruzaban con fluidez. Los que estaban en contra apuntaban al carácter mitológico de esa idea. “No es más que una forma de expresar que Jesús era un hombre excepcional. Los que le rodeaban no tenían otro modo de subrayar su grandeza y su excepcionalidad más que presentándolo como un Dios, pero en realidad era sólo un ser humano” – decían unos. Otros recurrián al testimonio de los milagros y de la resurrección para subrayar su divinidad. Cuando unos y otros llevaban ya bastante tiempo intercambiando argumentos y la discusión no parecía avanzar, Napoleón intervino y dijo lacónicamente: “Les aseguro que esa persona es algo más que un hombre. Yo conozco muy bien a la humanidad y Jesús de Nazaret es algo más que un ser humano.”

La intervención de Napoleón puede parecer que es un modo de reconocimiento de la divinidad de Jesús. Y sin embargo, en el fondo de sus palabras se encuentra escondida una actitud bastante alejada de la experiencia cristiana y del mensaje del evangelio. Sus palabras traslucen una profunda desconfianza hacia el ser humano. Parece como si Napoleón, al final de su vida, decepcionado de los seres humanos, indicara que de ellos no se puede esperar mucho.

Esta actitud es lo contrario de lo que Dios dice de la humanidad en Jesús de Nazaret. En la encarnación de Jesús, Dios expresa que precisamente tiene confianza en el ser humano. Confía tanto en las posibilidades de la humanidad que asume nuestra condición para convertirla en cauce de expresión de su vida



y de su amor.

La confianza de Dios no tiene sólo como término la humanidad en general. Se dirige a cada ser humano en particular. Por consiguiente se dirige también a ti y a mí. Si alguien se encuentra de verdad con Jesús de Nazaret, lo primero que va a escuchar y a recibir es el sí incondicional de Dios a su persona y a su vida. Un sí que es más fuerte y se sobreponen a las dificultades y problemas de la existencia. Por eso, sobre el sí de Dios se puede construir la vida y la persona.

Al pensar en el *Dios que nos cuida* hay que tener en cuenta que el primer cuidado que Dios tiene para todos nosotros se expresa en su confianza. Sobre ella se puede asentar la vida, desarrollar nuestras capacidades y encontrar fortaleza ante los temores y miedos.

Un gran poeta de origen judío, Paul Celan, se refería a sus poemas diciendo que eran “apretones de mano que dirigía a la humanidad”. La Palabra de Dios, el Verbo divino que habitó nuestra historia, es el enorme abrazo que Dios dirige a toda la humanidad. En Jesús Dios abraza a cada ser humano. Por eso, el ministerio público de Jesús, su anuncio del Reino de Dios, consiste en gran parte en transmitir confianza a los abatidos y despreciados. Y esa confianza lograba que se pusieran en pie, y recobrando el valor de su propia persona, emprendieran el camino de una nueva vida.

3. La necesaria confianza

En la sección anterior se indicaba que Dios confía en el ser humano. Y sobre esa confianza se puede construir la vida y desarrollar la propia existencia. En el debate con el pensamiento secularizado el cristianismo se encuentra ante el reto de mostrar que Dios ni se opone ni frena las aspiraciones de libertad y realización humanas. Una de las raíces de la negación de Dios en el mundo moderno se encuentra en entender a Dios como una oposición o freno a la libertad y desarrollo humano. Para deshacer este malentendido es preciso mostrar que la realidad de Dios es una base sobre la que construir la persona.

Para vivir y crecer todos necesitamos confianza. Sin ella no hay libertad, ni apertura de uno mismo, ni desarrollo de las propias capacidades. Allí donde percibimos que se desconfía de nosotros dejamos de movernos en libertad y nos cerramos sobre nosotros; no nos mostramos como somos ni desarrollamos nuestras capacidades. En definitiva, en la desconfianza no hay crecimiento personal. Por el contrario, donde percibimos que se confía en nosotros nos abrimos, mostramos lo que somos a otros y ponemos nuestros dones y capacidades al servicio de los demás. La confianza es pues el quicio de todo el desarrollo y evolución humana.



Los seres humanos confiamos en personas e instituciones. Pero sobre ellas no podemos tener una confianza definitiva y sin reservas. Con frecuencia experimentamos que personas en las que habíamos confiado nos abandonan y nos muestran que no son merecedoras de esa confianza. Lo mismo ocurre con las instituciones, que nunca van a atender y a tener en cuenta las condiciones de nuestro ser particular e individual. Suele ocurrir que, a medida que transcurre la existencia y con el paso del tiempo, los individuos llegan a la conclusión que en el mundo y la historia no hay realidades sobre las que podamos entregar definitiva y totalmente nuestra confianza. Es difícil encontrar una realidad de nuestro mundo –incluyendo las personas que lo habitan- sobre el que no se perciba de alguna manera algún tipo de desengaño en la confianza entregada.

Por otra parte, más allá de la confianza concreta en personas e instituciones necesitamos una confianza general en la vida, en el futuro, en nosotros mismos. Para afrontar cada jornada y sus tareas, para poder salir al paso de lo desconocido que viene en cada nuevo día, uno tiene que esperar que la vida y lo que ella trae es fundamentalmente bueno. Que la vida está sostenida y rodeada por una bondad fundamental, aunque con frecuencia se oscurezca.

La pregunta que surge es ¿dónde podemos encontrar esa confianza que no falla? ¿Esa confianza que como una atmósfera primordial nos sostiene ante las dificultades y reveses de la vida? La respuesta que damos los creyentes es que esa confianza se encuentra en Dios. Dios es un sí a nuestra vida y nuestra persona que nunca se desdice ni se retire. Es el aval permanente sobre nuestra persona que nos dice que nuestra vida es importante.

Esa confianza con la que podemos abrirnos a la vida en cada jornada no es creación nuestra. Es suscitada por el murmullo de acogida incondicional que Dios nos dirige. Y aquí surge una nueva pregunta ¿cómo y dónde podemos escuchar ese sí de Dios sobre nuestra persona? Y ¿cómo podemos abrir a otros, sobre todo a los atribulados y desencantados, a escuchar ese sí de Dios? La respuesta es en nuestra interioridad y en nuestra conciencia. La voz de Dios, como la de las realidades personales, nunca irrumpre con la evidencia de las leyes matemáticas o físicas. La voz de Dios es un susurro sobre el que siempre se cierne la sospecha de ser una ilusión o una proyección de nuestro deseo. Pero ese susurro es lo suficientemente fuerte para sostener la vida en los momentos de zozobra y duda. Ayudar a otras personas a escuchar esa palabra de confianza con Dios supone siempre conducirlas al encuentro consigo mismas y con su interioridad.

El creyente tiene la suerte de poder volverse sobre sí y encontrar una palabra que le sostiene y apoya. Cuando las demás personas nos retiran su confianza y ayuda. Cuando las instituciones son demasiado anónimas y generales para poder comprender nuestra particularidad. Cuando nos sentimos sin fuerzas y solos, es en esos momentos cuando en medio del silencio irrumpen un susurro que nos dice que nuestra persona es más valiosa que lo que los demás pueden reconocer; que nuestra vida tiene sentido aunque las circunstancias nos



aprieten. Ese susurro despierta una confianza serena sobre la que construimos nuestra vida y nuestra persona.

4. La encarnación culmina en la cruz

Junto con el problema de la increencia el otro gran cuestionamiento de la experiencia cristiana procede del problema del mal y del sufrimiento. Nuestra época ha contemplado como pocas la crueldad que puede albergar el corazón humano. Como dice Primo Levi en una de sus obras, en nuestra época hemos llegado a saber lo que el ser humano es capaz de hacer a otro ser humano.

La existencia del mal en el mundo y la historia cuestiona la idea de un mundo bueno, salido de la voluntad creadora de un Dios amoroso. ¿Cómo un Dios bueno puede dar lugar a un mundo en el que existe el mal?, se ha preguntado desde siempre el ser humano. La pregunta de la teodicea es un cuestionamiento que no parece posible responder del todo. Pero aún cuando haya que dejar esta cuestión abierta es posible decir alguna palabra que ilumine nuestra existencia.

En el arte cristiano hay una representación del niño Jesús portando en su mano una cruz. La imagen introduce la muerte acaecida al final en el inicio de la vida de Jesús. Es una manera representativa de expresar algo que la teología establece de modo conceptual. La encarnación contiene la redención; en el nacimiento está ya presente la muerte en cruz. La encarnación de Dios culmina en la asunción del sufrimiento humano, lo que en primer lugar quiere decir que la encarnación no fue ni un juego ni un paseo por la historia, sino que significa la presencia real de Dios en todas las dimensiones de la vida humana, también en la del sufrimiento.

La cruz de Jesús es un tema difícil en la experiencia cristiana que precisa ser reflexionado y alumbrado una y otra vez. En ocasiones la espiritualidad y la devoción cristiana han transmitido una imagen de la cruz como signo y expresión de resignación. Ante sufrimientos que podían ser resueltos, y debían ser afrontados con valentía y decisión, hubo quienes en nombre de la cruz apelaban a conformarse aduciendo que esos sufrimientos eran enviados por Dios. De ese modo, lo podemos reconocer con sinceridad, la cruz sirvió de coartada para soportar injusticias y abusos que deberían haber sido desenmascarados.

Pero la cruz de Jesús no es un signo de resignación, sino al contrario, lo es de rebelión y oposición al mal. Para entender la cruz de Jesús hay que verla desde el conflicto en el que desembocó su compromiso. Jesús comprometió toda su vida a favor del Reino de Dios. Ese compromiso le condujo a un enfrentamiento con las autoridades, de tal modo que al final de la vida, tuvo que elegir entre ser



fiel a Dios y seguir anunciando el Reino, aún a riesgo de su vida. O ponerse a resguardo aflojando su compromiso con el encargo recibido. Todos sabemos la respuesta. Jesús decidió continuar con su compromiso a favor del Reino aunque le pudiera costar la vida. Y sube a Jerusalén presintiendo el conflicto y sin huir de él. De este modo nos enseñó que en la vida humana hay cosas más importantes que el provecho propio. Que en nuestra vida el criterio de conducta y de comportamiento no tiene que ser el del cálculo, por el cual uno busca alcanzar la mayor ventaja y el máximo beneficio de una situación. Una de esas cosas más importantes que el provecho y el interés propio es la voluntad de Dios y su proyecto sobre la humanidad. En el modo de subir a Jerusalén y afrontar la muerte, Jesús nos dice que la voluntad de Dios es más importante que el propio bienestar.

De este modo la cruz de Jesús hace presente la realidad del amor e introduce en nuestro mundo la posibilidad del desinterés. La renuncia a la propia ventaja para que otros salgan beneficiados es el camino del bien y del amor. Por esto la cruz de Jesús es redentora y salvadora. Porque destruye el egoísmo e introduce en el mundo la posibilidad y la realidad del amor en su forma extrema. La cruz de Jesús, expresión máxima del desinterés, llama y hace posible en la humanidad la donación total y sin límites. Nos introduce en la vida de Dios que es la del amor y la donación.

En esta apertura al amor y en la ruptura del egoísmo, la cruz no es símbolo de resignación. Es expresión de la lucha contra el mal. Jesús sube a Jerusalén como resultado de su compromiso con el bien que había centrado su vida. Ese compromiso le hizo enfrentarse al mal. En primer lugar descubriendo y denunciando sus argucias y mentiras. En segundo lugar, transformando el mal por la fuerza del bien. Esa transformación excluye el recurso a la fuerza y a la violencia. El compromiso por el bien puede llevar al extremo de comprometer la propia vida, manteniéndose anclado en el bien sin recurrir a la fuerza y la violencia.

La cruz como expresión del amor de Dios abre en la humanidad la fuerza del Espíritu. En la cruz Jesús es fiel a Dios y esa fidelidad provoca que la fuerza de Dios se derrame y penetre en la humanidad. Jesús manteniéndose fiel a Dios introduce y realiza en la humanidad la fidelidad a Dios. Desde entonces los seres humanos podemos conducir nuestra vida manteniendo al fidelidad a Dios. Por eso la cruz nos reconcilia con Dios mientras nos capacita para vivir en su presencia.

5. No sucumbir en el sufrimiento

El amor de Dios expresado en la cruz no elimina el sufrimiento pero lo redime. Dios toma sobre sí el sufrimiento humano no para eliminarlo sino para redimirlo.



San Pablo lo dirá más tarde de modo preciso. La cruz de Jesús nos libra de la muerte pero no nos libra del morir. Dios no elimina el dolor y el sufrimiento de nuestra vida pero pone ahí su fuerza para que no nos derrote en nuestra humanidad.

Quienes han reflexionado sobre el horror de Auschwitz apuntan que los verdugos no perseguían sólo causar dolor y sufrimiento a sus víctimas. Pretendían negar su humanidad, convertirlos en no-humanos. Según el testimonio de los supervivientes esta pretensión no logró su objetivo. Fracasó porque las víctimas, a pesar de las humillaciones y las afrentas, mantuvieron su dignidad, en algunos casos, de forma heroica. Ni la fuerza ni la violencia extrema parecen poder anular el sello de humanidad que porta cada persona.

En las situaciones adversas en las que asoma el dolor y el sufrimiento el reto es mantener la humanidad. No sucumbir al sufrimiento cayendo en comportamientos inhumanos o perdiendo la dignidad como personas. Las situaciones de sufrimiento no conllevan solamente dolor físico. Pueden hacer que la persona pierda su dignidad. Es en estos casos cuando es necesaria la fuerza moral que los creyentes recibimos de la cruz. La presencia de Dios en la cruz hace descender sobre el mundo una fuerza por la que podemos afrontar el dolor y los revéses de la vida sin perder nuestra dignidad y nuestro anclaje en el bien.

6. Por nosotros y por nuestra salvación

La encarnación de Dios culmina en la cruz, que es el lugar en el que Dios obra la salvación definitiva sobre la humanidad. La encarnación y la cruz de Jesús tienen una finalidad redentora. Por eso la salvación centra y orienta la obra de la encarnación. La salvación de los otros es el motivo y la finalidad de la encarnación. En el credo lo decimos casi de pasada: se hizo hombre por nosotros y por nuestra salvación.

Las consecuencias del “por nosotros” de la encarnación han sido desarrolladas por la reflexión teológica contemporánea. La identidad de Jesús como Dios hecho hombre, como palabra encarnada, no procede de una cerrada relación consigo mismo. Procede de la relación con el mundo y la humanidad. Jesús cuanto más abierto está al mundo y a la humanidad, más es el Hijo de Dios, la palabra encarnada. De este modo en Jesús la identidad acontece siempre como relación con lo otro y lo distinto. La identidad no es en Él un replegarse complacido consigo mismo sino apertura hacia los otros. Y no es que el otro y lo distinto sea un rodeo necesario para volver a la identidad de la relación consigo mismo. El otro y lo distinto introducen una diferenciación en la que se origina la realidad del Verbo de Dios.



No es este el lugar para entrar en cuestiones de la Trinidad de Dios, pero la teología trinitaria llega hoy a la conclusión que la identidad de cada persona divina acontece en la relación con lo distinto. Dios es identidad mientras es relacionalidad; Dios llega a sí mismo en la relación con los otros, lo que quiere decir que Dios es comunión pura. De esta manera en la vida de Dios se apunta una manera de plantear la identidad que puede ser interesante en el momento en el que vivimos.

Se suele indicar que la cuestión de la identidad es una cuestión que preocupa en las sociedades industrializadas. Por una parte existe la tendencia a la homogeneización y uniformidad que introduce la cultura del consumo, y en donde la particularidad de cada uno parece quedar relevada a un segundo plano. Por otra parte, y quizás como reacción a este fenómeno, existe también la tendencia a diferenciarse y a acentuar los rasgos particulares que permiten la afirmación de una diferencia. Frente a la homogeneización de la sociedad de consumo, los individuos buscan mostrarse distintos creando identidades particulares o adscribiéndose a grupos diferenciados en el conjunto social. Tras esta tendencia late el deseo de ser uno mismo.

La teología nos enseña que la identidad no es algo que pueda resolver el sujeto él sólo, creando o adscribiéndose a diferencias particulares. La tradición rabínica sostiene que solamente Dios puede decir yo. Lo que es lo mismo, solamente Dios es capaz de coincidir consigo mismo y por consiguiente solamente a Él le corresponde la plena identidad. El ser humano, por ser realidad dinámica, sometida al permanente cambio del tiempo, nunca puede alcanzar la plena coincidencia consigo mismo. Al ser humano no le corresponde la identidad plena.

Este hecho, que marca la condición de ser criatura, pone al ser humano en una apertura fundamental y en la que la identidad, no procede en último lugar de la relación con uno mismo sino de la palabra recibida del otro. Esto no significa sólo el hecho psicológico por el que los demás emiten reflejos de nosotros en los que podemos reconocer lo que somos. Tampoco que tenga que aceptar como imagen propia la que los demás tienen de mí y que con cierta frecuencia es equivocada, o al menos incompleta. Lo que quiere decir es que el ser humano vive en apertura a los otros, y en el encuentro con ellos surge una palabra que descubre la particularidad de nuestro ser.

Esa palabra suele ser una llamada, una apelación, una petición. Por eso, la palabra en la que se sostiene el reconocimiento de nuestra identidad, no es una palabra que nos lleve al repliegue sobre nosotros mismo, sino al contrario, a entregar nuestros dones y capacidades. La palabra que nos reconoce es a la vez la que suscita nuestra particularidad. Nuestra identidad individual no es creación de nuestra complacencia, sino que es provocada por la palabra del otro que apela a nuestra peculiaridad personal. No sabemos realmente lo que somos y tenemos hasta que alguien nos pide algo de nosotros; hasta que alguien reclama nuestra presencia.



Como seres humanos somos quienes somos por los otros y somos más nosotros mismos cuanto más nos abrimos al encuentro y la relación sincera con ellos. La identidad personal más que un camino de retorno sobre uno mismo es un camino de salida hacia los otros.

7. Del por el otro al para otro

Uno de los autores que más ha pensado sobre la relación con el otro como camino de encuentro con uno mismo, es el filósofo judío de origen lituano Emmanuel Levinas. En sus análisis apunta que el “por el otro” en el que el sujeto llega a su sí mismo, acaba convirtiéndose en el “para otro” en el que uno es entregado y ofrecido a los demás. No se trata de un juego de palabras. Se trata de describir en todo su sentido y significación el movimiento que introduce la identificación del sí mismo en la relación con los otros.

Uno llega a su mismidad en la relación con el otro. Pero el otro no puede ser nunca un instrumento o un rodeo para establecer mi propia identidad. El otro es una realidad personal que actúa como fin en sí mismo. Como realidad independiente y distinta sólo puede ser alcanzado en la entrega de mi persona. El otro, que llama a mi peculiaridad personal, provoca que esa peculiaridad se desarrolle en la entrega y el servicio.

En Jesús de Nazaret este movimiento resulta claro. La peculiaridad de su condición de Hijo procede del “por la salvación de la humanidad” que centra la encarnación y toda su actividad. Pero el “por nuestra salvación” de la encarnación se hace realidad en el “para vosotros” de la entrega de su persona en la cruz, en el que culmina la entrega de la propia vida.

La relación con los otros termina en la entrega gratuita de lo que uno es. Dicho de otro modo culmina en la donación. Desde el punto de vista de la antropología teológica el ser humano recibe su vida y su existencia como don. Nadie adviene a la existencia por deseo e iniciativa propia. Somos puestos en la existencia por otros y por el Otro. Son ellos los que se encuentran en el origen de nuestra vida. Ser criatura consiste en saber que el origen último de nuestra existencia es un origen donado y no una conquista de nuestro esfuerzo o nuestra actividad.

El recuerdo del carácter donado de nuestra vida y existencia no cuestiona ni hace disminuir el valor de nuestra persona. Al contrario, la donación de la vida remite a una elección originaria en la que se imprime el valor de cada uno. Recibimos la vida como don porque alguien nos ha elegido para la vida. Esta elección es una elección particular que llena de valor nuestra persona. Somos valiosos porque hemos sido elegidos por Dios para la vida.



Vivir la vida como un don nos pone en situación de gratitud y en situación de entrega. Si la vida es un don, sólo se vive bien el sentido de esa vida, entregándola y donándola. Hemos recibido el don de la vida para que nosotros también la entreguemos a los otros, para que hagamos de nuestra persona un don entregado a los otros.

8. El paso de Dios por la humanidad y la Alianza de la fraternidad

Este proceso de apertura al otro, que transforma la existencia en servicio y don, es la consecuencia del paso de Dios por nuestras vidas. La presencia de Dios en el mundo y en la vida de los hombres es actuante pero no es una presencia que haya llegado a su plenitud.

Los creyentes sabemos que nuestro mundo aguarda el momento en el que Dios llegue a ser todo en todos. Una presencia que aguarda su culminación quizás puede entenderse a modo de un paso, en vez de pensarla como una presencia permanente. Dios está en nuestro mundo y en nuestras vidas. Pero su presencia es la de un paso. La de un pasar continuamente en su palabra, en las demandas de los seres humanos, en el Espíritu, en los sacramentos...

Ese pasar interrumpe nuestras resignaciones y conformismos; nuestras costumbres y nuestros prejuicios; nuestro egoísmo y nuestra clausura en nosotros mismos. El paso de Dios interrumpe la relación con nosotros mismos y nuestro interés, para abrirnos a los demás y a sus necesidades; abrinos a la posibilidad de un mundo distinto y más justo. El paso de Dios nos acerca a los otros, nos hace prójimos de los que percibíamos extraños y distintos. El paso de Dios funda la Alianza de la fraternidad. La llegada de Dios en su palabra, remite siempre al compromiso y responsabilidad por la vida de los otros.

Cuestiones para el diálogo comunitario

1. En mi opinión una de las tareas más importantes de la predicación y del predicador en el momento actual es contribuir a reelaborar la imagen de Dios. Pero atención no se trata de ofrecer una imagen que agrade o que sea del gusto del público. Ese no es nunca el último criterio de la verdad teológica. Tampoco el rechazo lo es aisladamente. El criterio último para presentar la imagen de Dios es el evangelio, lo que Jesús anunció. El evangelio lo vamos comprendiendo mejor desde las preguntas y dudas de nuestros



contemporáneos. Teniendo en cuenta esto

- ¿Cuál debería ser el modo de hablar y predicar de Dios en la cultura en la que vivimos? ¿Sirve como camino lo que aquí hemos llamado “reducción a una antropología teológica”? ¿Cómo realizarla para que sea comprensible a quienes nos escuchan?
2. Ante la secularización moderna es un reto mostrar que Dios no se opone a las aspiraciones de realización y felicidad. Él es el que las inspira y sustenta. Esto no supone reducir a Dios a un instrumento al servicio de nuestro bienestar, ni olvidar que la realización cristiana pasa por el camino de la cruz y del encuentro con el sufrimiento y el dolor. Teniendo en cuenta esto el proyecto de Dios es un proyecto de plenitud humana. Por eso, en nuestra predicación
- ¿Cómo poner a Dios en relación con nuestra aspiración a la plenitud y felicidad? ¿Qué aspectos y dimensiones de la realidad de Dios son las fundamentales? ¿Cómo lograr que quienes escuchan nuestra predicación se abran a la verdad de un Dios que es compasión, confianza y fuente de fraternidad?
3. La cruz es otra de las grandes cuestiones para el predicador
- ¿Cómo debemos presentar el mensaje de la cruz hoy para que pueda ser reconocido como el lugar de la misericordia de Dios? ¿Cómo presentar la cruz en su dimensión salvadora?
4. Si es verdad que somos “por los otros”, los que nos llaman a ser don y entrega de lo que tenemos y vivimos
- ¿cómo hacer valer esta verdad antropológica en nuestro mundo y en nuestra cultura? ¿Qué consecuencias podemos sacar de ello para nuestro modo de vivir? ¿Cómo podemos educar a los jóvenes a vivir su vida como don?
5. Si Dios es el que continuamente está de paso
- ¿Crees que deberíamos dar una imagen más dinámica de Dios? ¿Cómo hacerlo?



Bibliografía

- GESCHÉ, Adolph. *Jesucristo (Dios para pensar VI)*. Sigueme, Salamanca 2004, 272 páginas.
- GESCHÉ, Adolph. *El sentido (Dios para pensar VII)*. Sigueme, Salamanca 2004, 206 páginas.

La obra de este profesor de Lovaina dedicada a Dios se caracteriza por su claridad y profundidad. Son obras muy aconsejables para quien busque actualizar la perspectiva teológica. Aquí citamos dos de los volúmenes de esta serie, pero son recomendables también las otras.

- MARDONES, J.M. *Matar a nuestros dioses. Un Dios para un creyente adulto*. PPC, Madrid 2006, 236 páginas.

Obra que pretende una comprensión de Dios y de sus atributos (creador, providente, etc.) desde la perspectiva de la comprensión moderna del mundo. Libro claro y de fácil lectura.

- MOINGT, Joseph. *Dios que viene al hombre. I Del duelo al desvelamiento de Dios*. Sigueme, Salamanca 2007, 490pp.

Es la traducción al castellano de una obra que en el original francés cuenta con varios volúmenes. La editorial tiene anunciado la traducción de los otros volúmenes. Es un replanteamiento de la idea de Dios desde el contexto de la secularización. Ésta nos da la posibilidad de encontrar una imagen de Dios más acorde con lo que Jesús nos revela.

- MOLTMANN, Júrgen. *El Dios crucificado*. Sigueme, Salamanca 1975.

Se trata de una de las obras teológicas, en mi opinión, más importantes del siglo XX. Para el tema aquí recogido es recomendable sobre todo el prólogo en donde el teólogo protestante ofrece la famosa reflexión en torno a la aporía que el cristianismo vive.